

CRÓNICA

Se murieron los Rodríguez

A principios del siglo XX, la familia Rodríguez fue parte importante de la historia artística y cultural de Medellín. Algunos de sus miembros retrataron y construyeron los comienzos de la ciudad que hoy conocemos. Sin embargo, hoy permanecen olvidados en la soledad del mausoleo que ellos mismos levantaron en el Cementerio de San Pedro.

Isabel Cristina González R.
isabelgonzalez.r@gmail.com

El mausoleo 152 del Patio Central del Cementerio de San Pedro, es diferente de todos los demás no solo por los materiales y las formas que se utilizaron para su construcción, sino por el estado en el que se encuentra después de casi 60 años de permanecer cerrado y, prácticamente, sin dolientes, como si todos hubieran muerto.

En éste no hay mármol importado de Italia ni grandes esculturas que custodien el sueño eterno de quienes allí reposan. Por el contrario, un aire de sencillez circunda la pequeña capilla edificada con ladrillos cocidos empañetados con materiales vernáculos (una mezcla de boñiga, cal y tejidos naturales) de finales del siglo XIX, y coronada por un par de cruces de madera sobre el techo a dos aguas. Sobre sus muros, hay varias placas con nombres inscritos de las personas que, se presume, están dentro.

Según Juan Diego Torres, Coordinador Académico del Museo Cementerio de San Pedro, "este mausoleo habla de la arquitectura de la época y es un reflejo de la sociedad de aquel entonces; incluso, en el interior las paredes tienen restos de papel de colgadura, es como una sala". Testigo de esto fue el mismo Tomás Carrasquilla, quien en el tomo I de sus Obras Completas dice que "las casas estaban usualmente decoradas con papel de colgadura, con avisos y almanques de la Emulsión de Scott".

Por esa autenticidad y ese reflejo fiel de lo que fue la ciudad durante los últimos dos siglos y, obviamente, por lo que representan las personas que están allí, es que preocupa el estado de total abandono en el cual está el mausoleo, pues "por ser propiedad privada de la familia no puede abrirse ni intervenir en él. Nuestra labor es exclusivamente de limpieza y conservación, no podemos hacer más sin autorización", explica Patricia García, Directora de la Fundación Cementerio de San Pedro.

La iniciativa de crear el Cementerio de San Pedro fue del médico Pedro Uribe Restrepo, quien, en 1842,

invitó a otras 50 personas que representaban la élite de la sociedad medellinense para construir un composanto al mejor estilo europeo. Tal como aparece registrado en documentos del Cementerio, "el trazado sugerido por el señor Uribe Restrepo, circular, simboliza la ascensión de las almas al mundo de los bienaventurados e interpreta la ciudad celestial imaginada por el catolicismo en la Edad Media. Era similar al diseño propuesto por el ingeniero español Domingo Esquiaqui para la construcción del Cementerio Central de Bogotá, puesto al servicio unos pocos años antes".

Justamente ahí, al inicio de ese patio circular conformado por los grandes personajes de la vida pública de los siglos XIX y XX, está el mausoleo de los Rodríguez: sin flores, despintado, a punto de caerse por falta de una mano diligente que los recuerde.

Las nuevas generaciones de la familia olvidaron a Melitón Rodríguez Roldán, sin saber que su taller de marmolería era uno de los principales centros culturales de la ciudad, en donde, además de tallar lápidas y preparar entierros, se discutía sobre arte, literatura y espiritismo. También, a Luis Melitón Rodríguez, uno de los principales fotógrafos y tal vez el primer reportero gráfico de Medellín; a Horacio Rodríguez, el fundador del *Repertorio Ilustrado*, y de la oficina H. M. Rodríguez en 1903, encargada de darle una silueta moderna a la ciudad; al pintor Gabriel Montoya y a casi una treintena de personas entre Rodríguez, Canos, Márquez, Estradas y Mejías, que se encontraron en la última apertura del mausoleo, hecha el 23 de septiembre de 2008 con el permiso de la señora Gabriela Arango, la nuera de Melitón, única persona que durante todos estos años ha aparecido como responsable ante el cementerio.

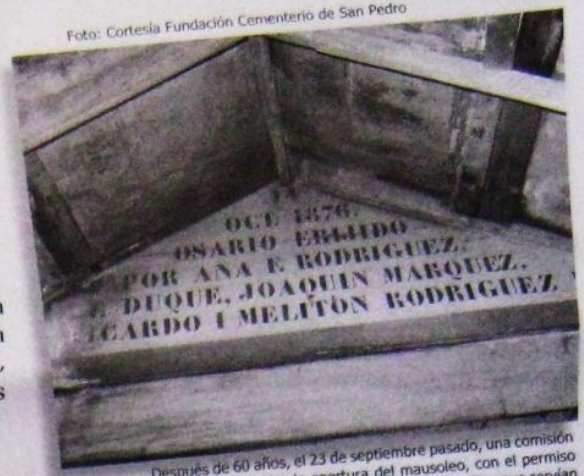
De todos los panteones, el 152 es tal vez el más auténtico y, por ello, merece conservarse y restaurarse. El problema es que "las nuevas generaciones ya no comprenden el valor histórico y sentimental que albergan estos espacios. Algunos ni saben quiénes están ahí y lo único que consideran es que son bienes que no producen dinero, son bienes muertos", explica Torres mientras toca los daños que ha dejado la lluvia ácida y el paso de los años éste y algunos de los otros 75 mausoleos que están ubicados en la zona declarada por el Ministerio de Cultura como "bien de interés cultural de carácter nacional".

Para la Directora de la Fundación, desde la declaratoria como Museo en 1998, los muertos del Cementerio de San Pedro dejan de ser privados y se convierten en una representación de todos. Expone que, por medio del programa Memoria Viva del Ministerio de Cultura, se recoge una cuota anual de mantenimiento; pero, "sin los dolientes es imposible la restauración. Por eso, nuestra obligación es alarmar sobre la importancia del patrimonio y la memoria".

Hasta ahora, ningún nieto, bisnieto, sobrino o familiar directo se ha preocupado por conocer el mausoleo que, por derecho, les pertenece. Sólo Gabriela Arango, quien prácticamente ha profesado un fervor por la familia de su esposo, Alberto Rodríguez, se ha esforzado por mantenerse en contacto con el Cementerio para buscar alternativas de conservación, de manera que la ciudad pueda seguir encontrando en el mausoleo un referente de su pasado.

Ella ha sido la encargada de salvaguardar la historia familiar y difundir por el mundo el trabajo fotográfico y pictórico de su suegro Melitón Rodríguez. A sus 92

Foto: Cortesía Fundación Cementerio de San Pedro



Después de 60 años, el 23 de septiembre pasado, una comisión del cementerio hizo la apertura del mausoleo, con el permiso de la familia, y encontró 34 cajas en madera y Zinc que servían como osarios.

años, asegura que lo que más la entristece es saber que a Medellín no le importa su pasado. "El olvido del mausoleo es solo una reproducción del olvido de Prado, del Teatro Junín, del Palacio Nacional...; unos los destruyeron y otros no se conservan como el patrimonio que son".

Pero, la pasión no le ha alcanzado para lograr que la familia se ocupe de su mausoleo. "Una vez muerto Melitón en 1942, mi esposo era el único que tenía orden para abrirlo y por eso me reconocen en el cementerio", cuenta y agrega que, "hace 4 años me reuní con las nuevas generaciones para hablar de la restauración, pero a ninguno le interesó y yo no puedo hacerme cargo sola".

El tiempo sigue pasando y se hace evidente en la pequeña capilla gris y blanca levantada, seguramente, por Horacio, al igual que el Hospital Mental de Bello, la Compañía Colombiana de Tabaco, el Teatro Pablo Tobón Uribe, el barrio Conquistadores de Medellín, entre otros.

Afortunadamente, aparece alguien que, del mismo modo que doña Gabriela, no lleva el apellido Rodríguez, pero vibra con ellos. A través de Maribel Tabares, una estudiante de Historia de la Universidad de Antioquia, quien actualmente realiza su trabajo de grado sobre la vida y obra de Melitón Rodríguez Márquez, el cementerio ha encontrado una intermediaria para acceder a la familia y proponer opciones para la restauración. En ella, doña Gabriela ha hallado una cómplice de su devoción y una confidente para contarle, de primera mano, las historias familiares que nadie se ha interesado por escuchar.

Durante tardes enteras, Maribel ha escuchado los relatos sobre los Rodríguez que cobran vida en los delgados labios de la mujer longeva que hasta sus 91 años custodió, primero, en el estudio fotográfico y luego, en la Biblioteca Pública Piloto, del archivo de su suegro, en el cual aparecen retratados e identificados cuidadosamente los ricos y los pobres de Medellín, además de municipios antioqueños, pues con sus negativos en vidrio viajaba a lomo de mula hasta siete días para llegar a Frontino o Remedios", recuerda.

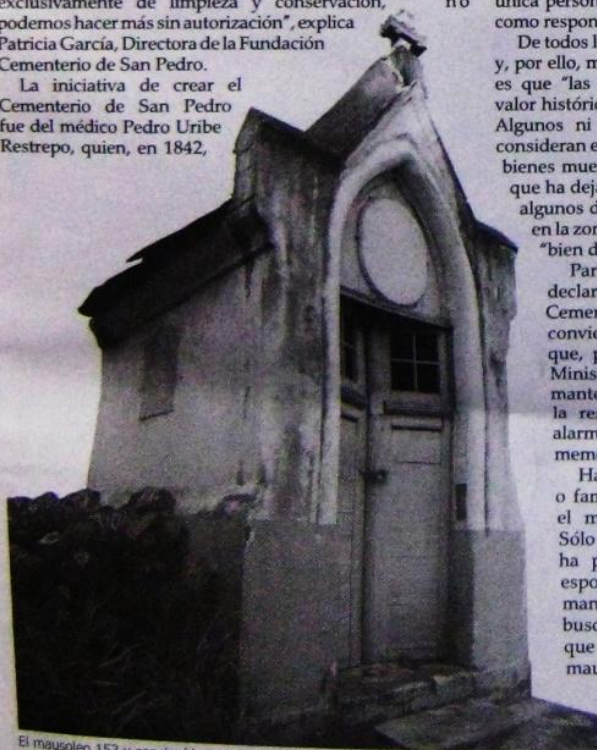
Desde el Coronel Cipriano Rodríguez González, quien estuvo en la cárcel con Fidel Cano y murió al interponerse en un fusilamiento de liberales en el Palacio Nacional, la familia Rodríguez se destacó en la vida pública por su talento y ayuda a los demás. Cuenta doña Gabriela que en la casa de Melitón, (el marmolero), siempre se sirvió un plato de más. Incluso, el mismo maestro Francisco Antonio Cano le agradeció, por haberlo albergado en su casa durante 5 años, en un texto publicado en 1904 por la revista *Lectura y Arte*.

Por todo esto, que llenó de orgullo a la familia, es que doña Gabriela siente vergüenza al escuchar los comentarios sobre las condiciones actuales del mausoleo. Ella quiere que, entre todos los descendientes, se llegue al acuerdo para traspasar el bien al cementerio, "me sentiría feliz de que así pudieran restaurarlo", afirma.

Entretanto, el cementerio asevera que ya ha tocado las puertas de la empresa privada y que sólo está esperando la confirmación de que la familia quiere ceder el mausoleo. Según Patricia García, no es un asunto nuevo, pues en Barcelona, España, ya se expropiaron algunos que estaban abandonados y pasaron a manos de la institución que se encargó de conseguirles adoptantes.

Ahora, el interés del Cementerio es restaurar y repatriar a Melitón (el fotógrafo), pues en la apertura del mausoleo se dieron cuenta de que se lo habían llevado y ahora lo están buscando en las iglesias. "Luego, soñaremos con proyectos que complementen la intervención y les permitan a la ciudad ejercitar la memoria, no dejarla morir", concluye García. Sin duda, esa sería la mejor forma de seguir contando la historia de los Rodríguez, que es, a la larga, nuestra propia historia.

Foto: Isabel González



El mausoleo 152 y construido probablemente por Horacio Rodríguez a finales del siglo XIX, con arquitectura y materiales de la época como boñiga, cal y tejidos naturales.